

Una oscura pasión por mamá

Roger Vilar



Vilar Fernández, Roger Daniel

Una oscura pasión por mamá / Roger Daniel Vilar Fernández

—México: Editorial De otro tipo, 2016

116 p. 23 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

Primera edición, 2016

© Roger Daniel Vilar Fernández

D.R. © 2016 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Corrección de estilo: Jesús Adonis Martínez

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96956-3-7

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

1. Mi madre me ató las manos...	11
2. Creo que el amanecer ya está próximo.	17
3. Elenor, no estoy seguro de que existas.	19
4. Me voy a la cama.	23
5. Despierto en este sillón...	27
6. “¿Qué te pasaba en la noche...	39
7. Salto por la ventana.	45
8. Estoy despertando.	51
9. Me persigue mi madre...	59
10. En el sofá te sigues desangrando...	65

11. Entre las paredes...	73
12. Abro los ojos...	77
13. Aumenta la oscuridad.	81
14. Ya deben ser las doce del día...	95
15. Llevo mucho tiempo nadando...	97
16. Elenor, llevas horas recorriendo...	101
17. Camino hacia atrás.	103
18. Ves, Elenor, es macabro...	105
19. La tarántula se aleja...	107

*

Mi madre me ató las manos a una tabla de carnicero y me las cortó de un hachazo. “¡Niño malvado, ya es hora de que empieces tu relato!” Me siento sobre un tronco. Delante de mí hay una mazmorra. Dentro de ella mis manos, sin brazos, sin cuerpo, escriben que yo me marché de la isla.

Ahora, después de muchos años, regreso caminando sobre el aire. La noche es luminosa. Abajo está mi casa sin techo. Nadie duerme en la cama de mi padre; en la suya mi madre yace muy quieta. ¿Estará viva? ¿Me reconocerá? ¿Se dará cuenta de que he regresado? Comienzo a gritarle desde las alturas. “¡Mamá, mamá...! ¡Aquí estoy de nuevo!” Ella no se mueve. Intento dar unas fuertes palmadas, pero mis muñones sólo producen un ruido apagado. Nunca podré despertarla. Pero estoy equivocado. Mi madre se levanta, pateo los muebles y golpea las paredes; va hasta la panera que hay en la cocina, la abre, saca con las uñas unos mendrugos secos y empieza a tragarlos con voracidad. Cómo es posible que coma esa basura. Quiero alertarla desde el aire, vuelvo a entrechocar mis muñones. Con cada golpe a ella se le parte una uña. Sangra. No se da por vencida. Saca la lengua para lamer la tabla. Golpeo más fuerte,

provoco una hemorragia en sus encías y otra vez me salen las manos, pero truncas, sin dedos.

Escupiendo coágulos, pedazos de dientes podridos y maldiciendo, mi madre escapa a la calle. Desciendo para estar frente a ella. Tiene la cara llena de manchas y usa un vestido muy viejo, casi harapos, de cuadritos negros y blancos. Abre la boca sangrante, tal vez quiere decir algo pero no puede. “¡No debes comer esas basuras, mamá!”, le digo. Retrocede. Los dientes rotos le castañean. No puede apartar la vista de las venas y nervios que cuelgan de mis manos. “¿Te gustan mis venas, mamá? Pronto te tocaré con ellas para demostrarte mi amor”. No responde. Sigue retrocediendo por la calle oscura. A ambos lados apenas se dibujan los portales silenciosos. “Ven, quiero darte un abrazo, te he extrañado mucho mientras vivía en el extranjero”. Mi madre sale corriendo calle abajo, pero la alcanzo y la detengo con mi manojo de arterias colgantes. Siento el olor de su carne quemada. “¡Suéltame, hijo, suéltame!” Se libera de mí. La piel le humea. “Quiero prepararte algo de comer”. “¿Entonces por qué no me invitas a pasar?” “¡Perdóname, perdóname... perdóname! ¿Me perdonas? Ven, vamos a la cama donde dormías cuando eras un niño”. Me empuja por el pecho y me va conduciendo. Sus manos de uñas sangrantes cada vez presionan menos, más bien acarician; con suavidad, con lentitud, las introduce debajo de mi camisa. “Tú, hijo, no muevas los brazos y no me toques”, me pide. Me besa el cuello, lo muerde. “No sabes lo duro que es para una madre dejar de acariciar a su hijo por tantos años”, me susurra al oído. Tomo sus hombros y la aparto. Chilla como una lechuga atormentada. Del vestido vuelan chispas de fuego, se las sacude y me dice: “Bueno, pasemos”. No veo la casa que divisé desde las alturas. Sólo hay unos palos carbonizados y unas paredes en ruinas. “¿Qué ha pasado aquí?”, le pregunto. “¿Hubo una guerra?” Ella se queda muda.

Me extraña que mi padre no salga a recibirme, pero no indago por él, temo que me digan que ha muerto, y que mi madre me reclame: “Debiste estar, cuando agonizaba no hacía más que preguntar por ti”. Así que no investigo nada. Sin embargo, mi madre podría soltarse a contar esos momentos sin que yo se lo pregunte. Mejor no hubiera venido. Empiezo a tener miedo de saber. Traspongo un hueco en una pared y me doy cuenta de que del otro lado la visión es diferente. Todavía están en pie la cocina y el baño. Bajo la luz sucia mi madre saca una olla, la llena de agua y la pone al fuego. Luego toma un cuchillo enorme y lo desplaza una y otra vez sobre la piedra de afilar. Estoy detrás de ella y la observo. Es un esqueleto viviente dentro del viejo vestido. Con mis pedazos de mano empiezo a tocarle las vértebras y a contárselas. Ella mueve el cuchillo sobre la piedra de afilar con una velocidad demencial. “¡Me arde, me arde, hijo, cuando me tocas siento que me envuelves en llamas!” Me brotan las primeras falanges y las segundas. Y así, ya más provisto, llego a su cócix. La respiración se le agita. Me salen las terceras falanges y las uñas. Froto la espalda de mi madre. El cuchillo le cae en un pie. Sale un chorro de sangre. Huye. Sigo las huellas rojas. Llego a su cuarto. Sentada en la cama lee una biblia protestante. Esconde la cara detrás del libro y me conjura con la mano, pero sé que es un gesto mecánico. Segundos antes tenía en mente coquetearme, pues se ha soltado el pelo como cuando era una muchacha. Ahora la tupida cabellera es gris de tanta mugre y está endurecida. Su rostro no es más que pellejo transparente sobre venas azules. Musita algunos versículos con su boca desdentada: son las maldiciones de San Juan de Patmos. Por unos momentos me infunden miedo. Me quedo callado ante ella.

Vuelve a hablarme. “¿Te gustaban mis caricias cuando eras un niño?” “No recuerdo”. “Ven, ven, te volveré a acariciar, te gustará, acércate”. Obedezco. El pelo le apesta a comida podrida.

Me da un beso largo en el cuello. Después lame mi lóbulo ocular y mientras yo tiemblo, murmura: “Es una lástima que hayas estado tanto tiempo fuera, no pudiste tener mis caricias ni pudiste escuchar lo que venía después del Génesis. Imagínate que ya voy por el Apocalipsis, y en los últimos capítulos, ya pasé el Juicio de las Naciones, ya todo se acabó, pereció la humanidad entera, pues resultó que todos eran pecadores, fue un capítulo muy edificante, inspirado, nunca he sentido nada más bello que imaginar el grito de millones de seres achicharrándose; lo hubiéramos disfrutado juntos, acariciándonos, escuchando esos quejidos. Pero aún falta algo, te lo voy a leer, hijo...”. Lame mi oreja, su lengua fría me acaricia las circunvoluciones, intenta meterse hasta el tímpano; la saca y me deja una saliva pegajosa. “Te lo voy a leer, es la Jerusalén Mesiánica bajando del cielo, es ya lo único que estoy esperando”. Intento desviarla de sus conversaciones bíblicas. “No leas, soy yo el que quiere contarte algo sobre una enorme torre, cuyo perímetro abarca quizás más de un kilómetro. Está en un arrabal de esta ciudad”, le digo. “Una vez empecé a trepar por un montón de escombros para entrar por una grieta. Era un niño”. Las quijadas de ella tiemblan, con sus dientes mutilados se muerde la lengua. Insiste en leer. De su boca sale sangre y versículos sagrados: “...me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén...”. Un buche rojo cae sobre las páginas del Apocalipsis y mi madre se detiene estremecida por el dolor. “Deja eso. Escúchame”, le digo. “En aquella construcción de pronto intuí una cosa viva que se carcomía las entrañas a pocos metros de mí, que adentro esperaba con felicidad el momento para hacerme pedazos. Se me heló todo el cuerpo, las manos me temblaron, y apenas pude huir cayendo por el montículo de escombros”. “Escombros”, dice mi madre mientras se muerde un pedazo de labio y la sangre sigue manchando el libro sagrado. “¡Por tu culpa ya no se puede leer! ¡Nada más queda un versícu-

lo limpio! ¡Óyelo! ‘Nada profano entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el Libro de la Vida del Cordero’, y para eso, para eso te falta mucho, mucho, mucho... ¡Tendrás que purificarte del abandono en que has tenido a tu madre para que el ángel que escribe se acuerde de tu nombre, tendrás que acariciarme mucho y complacerme si no quieres arder en el lago de fuego!” “¡Ya basta, escúchame, esa cosa me llamaba por mi nombre desde su escondite entre las piedras blancas, era una voz llena de lascivia, y el aire parecía tener garras de cuervo que me hacían tiras el pellejo; me llamaba por mi nombre, y el nombre lo pronunciaba de una manera que me dio miedo y lo olvidé. Ya no sé mi nombre, vine para que tú me lo digas. Tú me lo pusiste, ¿no?” Mi madre tira la biblia ensangrentada. Es tanta su cólera que sus palabras apenas son audibles: “Yo te lo puse, con mucho amor, pero hace tanto tiempo que no lo recuerdo”. Solloza.

Ahora también se le escurren lágrimas rojas. Pero su enojo va disminuyendo. “Te lo puse con mucho amor, me duele que te lo hayan quitado. Creo que vas a tener que armarte de coraje, entrar a esa torre, buscar a esa cosa y preguntarle tu nombre, y después matarla. Necesitas tu nombre. Esa es la misión que te encomienda tu madre”. Ella cierra los labios sangrientos. Afuera una lechuza cruza la noche chillando. Pienso que tiene su nido en una palma real que está en el patio de la familia Mirabal.

Creo que el amanecer ya está próximo. A mi madre se le cierran los párpados de cansancio. “Ya vámonos a acostar”, me pide. “No, todavía no, vamos a conversar un rato, hacía muchos años que no hablábamos”. “Bueno...”. “Pues fíjate, madre, que tengo un nombre en la cabeza, me da vueltas y vueltas”. “Escríbelo, a lo mejor es tu nombre, que ya lo has recordado”. “No, es un nombre de mujer, y no se va, Elenor, Elenor, Elenor, da vueltas y más vueltas”. “¿Quién es ella, hijo?” “No sé, estoy seguro de no haberla conocido, sin embargo la puedo describir, es bella, una sola palabra suya es como si te tocara el sol”. “Esos nombres de gente desconocida pertenecen a almas en pena. Ruega a Dios, hijo, para que Elenor nunca te encuentre, porque seguramente está endemoniada y te matará”. “No recuerdo ningún rezo, mamá”. “Entonces te eduqué mal, no corté todo lo malo de ti, pero algo haré, tendré que pensarlo”.

A pesar de la hora que es mi padre todavía no aparece. Siento mucho miedo por él. ¿Estará muerto? No me atrevo a preguntarle a mi madre. “Bueno, hijo, ya si quieres vamos a dormir, acuéstate en mi cama, quiero sentir tu calor, compláce a tu madre”. Imagino su pelo sucio contra mi cara, sus costillas se enca-

jarían en mi pecho, y los huesos de sus nalgas en mis muslos. Si tuviera unas nalgas gordas, lozanas, perfectamente engarzadas a una cintura fina, sería placentero. Más adelante la engordaré y la disfrutaré, me digo. “No, de ninguna manera, no dormiré contigo, dormiré en mi cama”. Pienso que me regañará, pero sólo sonrío con una mezcla de astucia y tristeza. “Bueno, que Dios te bendiga, ¿qué le habrá pasado a tu padre que todavía no llega? El pobre trabaja tanto. ¿No quieres que te diga otro pasaje del Apocalipsis? No, mejor mañana, debes de estar cansado. Bueno, si te vas antes de que yo me despierte, no olvides darme un beso, aunque esté dormida”.

3

Elenor, no estoy seguro de que existas. Sin embargo mi intuición te enlaza con un amor de mi adolescencia. Es raro que te diga “mi intuición”, pues siempre fui, o creí ser, un hombre más cercano a la racionalidad que a lo misterioso. Debería saber con exactitud si perteneces a un sueño o a mi pasado, pero ya no puedo distinguir. Todo es extraño, las calles están desiertas, no veo seres humanos en La Habana. Mis pasos se fueron solos hasta este apartamento diminuto en el que ahora estoy pensando en ti, a pesar de que probablemente no existes. ¿Por qué vine aquí? No traía ninguna dirección en mis bolsillos. ¿Por qué tenía las llaves? No sé, no puedo explicarlo. En el apartamento no vive nadie, todo indica que soy el único habitante de este edificio desde cuyas ventanas se puede ver el mar. No me alarmo por no entender las cosas. Me he sentado en un viejo sillón a contemplar cómo en la lejanía se forman las olas y luego estallan contra el muro del malecón. Así ha sido muchos años: una buena imagen de la eternidad.

Dormí aquí, Elenor, toda la noche me persiguieron horribles pesadillas. Lo peor fue que mi madre intentó seducirme. Se me hieló el corazón al pensarlo. Nunca había tenido una ava-

lancha tan grande de pesadillas. Mientras miro las olas he tratado de buscar alguna explicación. 1: Después de tantos años en el exilio es posible que el contacto con mi tierra haya alterado mi inconsciente. 2: Basándome en el extraño hecho de que tal vez no hay seres humanos en La Habana, es posible que se haya instalado aquí un emisor de pesadillas ubicado en las paredes, en el suelo, o en el aire. Se conecta a uno en cuanto se duerme. Como, al parecer, ya nadie vive aquí, es probable que todos los malos sueños que antaño se repartían entre millones de cubanos, ahora me tengan a mí como único receptor. De esto solo me gusta una cosa. Apareciste durante mi estado onírico con una belleza deslumbrante, la encarnación de la delicadeza y de la sensualidad. No sé si fuiste el amor de otro o el mío, pero es grandioso haberte conocido, aun de esa manera evanescente e imprecisa como son los sueños. Por eso, en lugar de seguir cavilando cómo funciona el supuesto emisor de pesadillas, o si esto que creo mi vigilia es un sueño más, me he dedicado a observar el mar y a imaginar que vives en esta ciudad, en algún lugar que yo trataré de encontrar.

Quería que mis fantasías tuvieran un tono romántico y alegre, pero el contexto de absoluta soledad, el polvo y la ruina de este pequeño apartamento, hacen que te imagine en situaciones trágicas que conspiran para alejarte de la condición humana. Te construyo en mi cabeza, todavía bella, escondiéndote debajo de una mesa desvencijada. En todos los costados has puesto cajas de cartón. Así reduces el espacio que abarcan tus ojos y los chillidos amenazantes que a veces llegan de la calle. Duermes sobre el suelo duro y frío. No tienes deseos de entrar en el cuarto de la casa. Ni siquiera te preguntas si allí todavía queda una cama o si se habrá derrumbado horadada por las polillas. Poco a poco has aprendido a sacar el mundo de tu mente. Y te felicito, Elenor, si es imposible la alegría, por lo menos hay que cerrarle la puerta a

la certeza de que todo se ha convertido en un infierno. Olvidaste el puerto, las calles, tus antiguos paseos por una ciudad que fue luminosa; las reuniones en los cafés, las noches en los bares. Esta expulsión progresiva es un hábito implacable, pero lo has practicado con terquedad minuto tras minuto.

Ahora casi siempre te mueves en unos tres o cuatro metros cuadrados. Devoras las inmundicias que te trae un ser difícil de describir (el tiempo y el hambre también han corrompido su humanidad). Te espanta, pero prefieres sus visitas que salir a la calle en busca de comida. Cualquier asomo de angustia lo reprimas: sabes muy bien que origina reflexiones sombrías, identifica las desgracias, las nombra y las perpetúa. Te obligaría a encorvarte sobre ti misma, a mirar dentro de ti. Sería abrir de par en par tu débil refugio interior al vendaval de la realidad. Casi tengo la certeza de que no puedes darte ese lujo.

Elenor, la necesidad que tenemos los hombres de pensar que alguna mujer nos ama y nos recuerda, aunque sólo la hayamos conocido en un sueño, me provoca la ilusión de que no has logrado totalmente la nulidad de sentimientos y reflexiones. Hay algo que te impide seguir reduciendo tu mundo, seguir achicándolo hasta llegar a cero. Sospecho que me recuerdas a mí, el contacto de nuestros cuerpos calientes.

Un día ya no me viste más, tal vez me fui en la época de las desapariciones, cuando de pronto la gente en esta ciudad ya no se atrevía siquiera a pronunciar nombres queridos por temor a no encontrar respuesta.

Pasaste mucho tiempo buscándome y nunca me encontraste. Entonces, en tu ascesis de mística sin escapularios y sin dioses, te propusiste nulificar todas las antiguas alegrías, pues ahora, a causa de la ausencia, sería un infierno recordarlas. Eso, Elenor, creo que hubiera sido perfecto para ti, pero mi necesidad de imaginarme amado por una mujer, me obliga a creer que

no has llegado a la perfección y al vacío de los místicos. Entonces, cada cierto tiempo mi recuerdo te perturba. Es posible que acuda alguna tarde en que un aguacero nos sorprendió y nos cobijamos en el soportal solitario de una mansión colonial, con puertas de madera oscura, carcomida. Extraviados en el frío que emanaba del agua nos fuimos acercando hasta tocarnos con los labios. Quisieras quedarte en ese instante para siempre, que esa fuera tu eternidad. La belleza se completaría si pronunciaras mi nombre, pero esa palabra no la puedo colocar en tus labios. En la vigilia ocurre lo mismo que en mis pesadillas: he olvidado cómo me llamo. Eso me preocupa. Empiezo a no estar seguro que lo que creo vigilia lo sea realmente.

Miro el mar. El sol se pone. Un camino dorado se abre sobre las aguas, estrecho a lo lejos, ancho y moteado de sombras en el lugar donde las olas roen el malecón. Después, Elenor, llega la noche, continúo sentado en este sillón. No me da hambre, contemplo las tinieblas, pues ya ni siquiera el faro del Castillo del Morro alumbra. Vuelvo otra vez a ti. Supongo que a esta hora el sueño ya empieza a dominarte en la madriguera que tú misma has construido debajo de la mesa. Que ya duermes con la única compañía de la oscuridad.